

Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question*,  
London, Polity Press, 1996.

Por John Saxe-Fernández

Los ingleses Paul Hirst y Grahame Thompson publicaron el año pasado un libro importante y provocativo, *Globalization in Question*, en el que presentan una puntual crítica histórica y científica de lo que los autores llaman "la versión dura" del discurso globalista en boga, la que contrastan –usando inicialmente la metodología de los tipos ideales– con la desarrollada por los más prominentes pensadores desde el siglo XVIII a la fecha en torno al largo proceso multiseccular de la "internacionalización económica", un fenómeno cuya evolución se ha registrado durante los últimos cinco siglos y que ha estado íntimamente vinculado con el desarrollo capitalista, intrínsecamente expansivo y que tiene en la experiencia imperialista una de sus más claras expresiones históricas y contemporáneas.

Recurrir a la metodología de los tipos ideales para contrastar la noción de una economía "global" con una "internacional" resulta de utilidad analítica y didáctica, máxime cuando el discurso globalista que domina los medios de comunicación y el discurso académico, empresarial y oficial ofrece una interpretación errónea a partir de hechos constatables, como el aumento de los intercambios mundiales, el arribo de nuevas tecnologías y la continua ampliación geográfica e integración vertical de las operaciones internacionales de las corporaciones multinacionales. La indagación científica desarrollada por Hirst y Thompson no sustenta la noción tan difundida de que se ha constituido un sistema mundial autorregulado y que, por lo tanto, la economía escapa a los controles políticos; que en tal "sistema global" las economías nacionales están subsumidas y son rearticuladas en el sistema por medio de procesos y transacciones de un ente "global" que se autonomiza y se desapega del medio ambiente social; que los mercados y la producción sólo son regulados por ellos mismos, y en general, que la economía "global" se autosistematiza, se autorreglamenta y se autorregulariza, lo que implica que también se autopreceptualiza, por lo que el Estado nacional, sus mecanismos reguladores de los actores económicos y la soberanía son crecientemente irrelevantes u obsoletos.

Los datos y las estadísticas muestran, por el contrario, que los principales componentes de la economía internacional siguen siendo las economías nacio-

nales y además que lo que se experimenta contemporáneamente no representa un hecho sin precedentes, desvinculado de lo que se ha venido registrando históricamente, especialmente a partir de la segunda revolución industrial de mediados del siglo XIX, a saber: que el comercio y la inversión continúan generando crecientes interconexiones de economías que siguen siendo preponderantemente nacionales, tratándose de un proceso que conlleva aumentos en la integración de más y más naciones y actores económicos en las relaciones internacionales de mercado. Los cocientes de apertura e integración de la economía internacional, especialmente a partir de mediados del siglo XIX, son notables e incluso son tan o más pronunciados que los observados después de la Primera Guerra Mundial. En el capítulo "Globalización y la Economía Internacional", los autores muestran un hecho sorprendente, es decir, que "los cocientes de comercio como proporción del Producto Nacional Bruto eran consistentemente mayores en 1913 que en 1973... indicando una mayor apertura internacional en años anteriores" (p. 27). Existen más evidencias que muestran, por ejemplo, que la economía del Reino Unido era más abierta en el periodo comprendido entre 1905 y 1914 que entre 1964 y 1986.

La experiencia histórica entre 1850 y 1913 no es presentada por los autores como una analogía histórica, porque el tipo de gobernabilidad del sistema internacional antes de 1914 es diferente al actual, aunque la economía internacional es relativamente abierta, como lo fue la previa a 1914, pero los autores apuntan diferencias importantes, como que hoy existe una mayor y más generalizada institucionalización del libre comercio por la vía del GATT y ahora de la OMC; las modalidades y los tipos de inversión son diferentes, así como sus destinos, aunque existe, como antaño, un alto nivel de movilidad del capital; el sistema monetario es distinto y la liberación del mercado laboral ha sido seriamente restringida cuando se le compara con la experiencia del siglo XIX. El hecho es que Hirst y Thompson, de manera convincente, muestran que el sistema económico internacional previo a 1914 era genuinamente internacional, enlazado por medio de un sistema eficiente de comunicaciones de larga distancia e inter-continental, así como por la industrialización de los medios de transporte. Lo que los autores quieren enfatizar es la "continuidad", es decir, que hoy a finales del siglo XX la revolución en la tecnología y la información han desarrollado todavía más "lo que ya estaba ahí", y lo que ya estaba ahí era un sistema de mercadeo capaz de realizar y cotizar los precios en una base diaria e instantánea, pues en la segunda mitad del siglo XIX los cables telegráficos submarinos inter-continentales permitieron la integración de los mercados globales. Los autores reconocen que los sistemas de comunicación actual permiten, de manera dramática, el aumento del volumen y complejidad de las transacciones. El punto es que hemos tenido un sistema de información capaz

de permitir y sostener el funcionamiento de un sistema internacional de mercado genuino por más de un siglo. Hirst y Thompson insisten que la diferencia entre un sistema de mercado en el que los bienes son transportados por barcos de vela, y otro en el que se transportan por barcos de vapor y por medio de la electricidad es una diferencia cualitativa. De tal suerte que si los globalizadores quieren decir que hoy tenemos una economía en la cual cada parte del mundo está vinculada por medio de mercados que comparten información casi simultáneamente, entonces se trata de algo "que no comenzó en la década de los 1970, sino en la de los 1870". Tampoco se observa ruptura alguna con el hecho de que, como resultado de lo anterior, las relaciones de mercado adoptan la forma de especialización nacional y de la división internacional del trabajo.

Así, a lo largo del texto no sólo se someten al más riguroso escrutinio histórico y estadístico algunas de las más populares y obvias falacias –como que la "globalización" es un fenómeno nuevo sin precedentes o que el sistema económico internacional es una entelequia "autónoma" desvinculada de las fuerzas sociales–, sino que los autores también –a partir del estudio de procesos que se vienen manifestando desde mediados del siglo XIX como los antes mencionados, incluyendo la proliferación de corporaciones que desde una base nacional operan internacionalmente, conocidas como corporaciones multinacionales (CMN)– desarman y desautorizan en estricto apego a la evidencia científica la creencia tan difundida de que se ha constituido un sistema mundial autorregulado y sobre el cual no es posible el control político.

Uno de los aspectos nodales desarrollados en este libro es el hecho de que la importancia del comercio internacional ha sido progresivamente reemplazada por la inversión extranjera que se coloca en el centro de atención de las relaciones entre las naciones, actuando como eje, es decir, como principio de organización del sistema. A partir de esta tendencia los autores hacen dos planteamientos importantes: en el capítulo dedicado al comercio, la inversión extranjera directa y la inequidad internacional, no sólo se muestra al detalle el alto grado de concentración de los flujos de comercio e inversión entre los principales polos capitalistas –Estados Unidos, la Unión Europea y Japón–, y la profunda tendencia a la exclusión del resto de las economías, sino que también se sientan las bases para el estudio de las principales unidades de articulación económica, las corporaciones multinacionales desde las que se realiza la inversión, así como la centralidad que ésta adquiere sobre el comercio en los procesos de regionalización económica que se observan. Este último aspecto es de lo más relevante, visto el asunto desde una nación como México, ya que se consolida la noción de que el NAFTA es tanto un arreglo de orden comercial como un "bloque de inversión" en el que están en juego asuntos como el orden normativo en relación con la propiedad de los principales y estratégicos ejes de acumulación (Pemex.

Comisión Federal de Electricidad, Ferrocarriles Nacionales de México), así como otros de orden político, policiaco y militar vinculados con la "seguridad" a la inversión extranjera directa en una nación que desde 1917 constitucionalizó los principios derivados de la Doctrina Calvo y además la noción de "Dominio directo de la nación" sobre el suelo y el subsuelo.

El hecho de que el valor del comercio mundial es de 8.7 billones (millones de millones) de dólares, es decir, apenas un tercio del valor del producto bruto mundial, conjunto que asciende a los 25.2 billones, indicando que dos tercios del producto se realiza en los mercados nacionales y no un supuesto mercado global, no hace sino apuntar a que la interdependencia entre las naciones sigue siendo estratégica, lo que significa que continúa existiendo una diferenciación y separación relativa entre la economía doméstica y la internacional para todos los efectos vinculados con la toma de decisiones y de orden administrativo. Esto quiere decir que el campo de lo doméstico y de lo internacional forma niveles relativamente diferenciados por lo que se refiere a la toma de decisiones. Para discernir el tipo de interacción que se genera, Hirst y Thompson comparan este marco interactivo con el tipo de interacción que se observa entre las bolas de billar: los eventos internacionales no actúan o penetran de manera directa sobre la economía doméstica sino que esos eventos o tendencias internacionales son "refractados", mediatizados, modulados, por medio de políticas o procesos locales.

A principios de la década de los noventa, las estadísticas de la Naciones Unidas indicaban la existencia de 37 mil corporaciones multinacionales que controlaban cerca de 170 mil subsidiarias y afiliadas. De este total, cerca del 70 por ciento eran "home based" es decir, operaban desde una base nacional o "madre patria" —que las regula, las subsidia y hasta las protege internacionalmente— localizadas en los 14 países más desarrollados de la OCDE y el 90 por ciento de sus casas matrices estaban localizadas en los países capitalistas avanzados donde reside el meollo de sus accionistas y también donde realizan la mayor parte de las actividades de investigación y desarrollo. Una abrumadora mayoría de las corporaciones que operan en el mundo son de esta naturaleza, haciéndoseles difícil a los autores localizar a las "corporaciones transnacionales", es decir, entes corporativos que operan en el mundo sin vinculación con Estado alguno, también conocidos como *stateless corporations*.

Desde nuestra perspectiva, son indiscutibles los aportes de la investigación realizada por Hirst y Thompson al estudio de la situación económica internacional de nuestro tiempo, aunque en los últimos capítulos, dedicados a discutir los problemas de gobernabilidad de cara al futuro, la tendencia es bastante eurocéntrica, asumiéndose además una perspectiva sobre la "triada" (Europa, Estados Unidos y Japón y sus respectivas zonas de influencia) en la que los

autores desenfatan el alto nivel de conflictividad inter-bloque que se observa. En este renglón se asume que las naciones interactúan en base a una racionalidad económica y, por lo tanto, se desatiende la consideración sobre las tendencias a la politización e incluso militarización de las relaciones económicas internacionales.

En la última parte del libro, dedicada a discutir los problemas de gobernabilidad, los autores asumen que desde las instituciones económicas internacionales y el peso de la "triada" sería posible establecer alguna forma de gobernabilidad y descartan que las fricciones y luchas por la primacía hegemónica puedan de nueva cuenta surgir, argumentando que los sistemas imperiales y hegemónicos son altamente costosos, lo cual resulta contrastante con lo desarrollado en los primeros capítulos donde queda claro que los "órdenes económicos" en el pasado han sido transformados por grandes cambios en la balanza de poder político-económica y por coyunturas que han afectado estas modificaciones, conflictos de gran escala entre las principales potencias. En este apartado los autores muestran convincentemente que la economía internacional ha sido determinada y afectada en su estructura y en su distribución de poder por el accionar de los principales Estados-nación.

A pesar de estas limitaciones, el trabajo de Hirst y Thompson es un poderoso llamado de atención ante la noción en boga de la "globalización" que, como bien lo ha expresado Alain Touraine, es una construcción ideológica y no la descripción de un nuevo entorno económico porque, no sólo las economías siguen siendo ante todo nacionales -lo que es cierto sobre todo en los dos extremos del horizonte económico, Estados Unidos y China; no sólo el mundo parece encaminarse hacia una trilaterización -Norteamérica, Japón y la Unión Europea- más que hacia una globalización; no sólo en el terreno de las comunicaciones de masas asistimos a una hegemonía norteamericana más que a la internacionalización, sino que, lo que es aún más importante, asistimos a la creación de redes financieras mundiales en lugar de a la creación de una economía mundial. Todo ello se refleja en una cifra citada muy a menudo y desde luego impresionante: sólo el 2 por ciento de los movimientos de capital corresponde a intercambios de bienes y servicios. Estamos reviviendo a mayor escala lo que a principios de siglo se llamó imperialismo, es decir, el predominio del capital financiero internacional sobre el capital industrial nacional.<sup>1</sup>

Finalmente, conviene destacar que el discurso globalista no es un cuerpo de conocimiento unificado y coherente a nivel teórico y metodológico; no obstante se pueden discernir varios de sus puntales "subteóricos" que limitan severamente

<sup>1</sup> Alain Touraine, "La globalización como ideología", en *El País*, Madrid, 29 de septiembre de 1996, p. Opinión/17.

su capacidad explicativa, especialmente en el terreno de la política internacional. En primer término prevalece, como tema de fondo, el mensaje amañado de que los impulsos de la globalización no permiten la aplicación de alternativas al programa económico neoliberal. El discurso globalista se instala ideológica y políticamente en la plataforma del fatalismo y del determinismo heteronómico, ya que postula que las economías nacionales quedan subsumidas y son rearticuladas bajo el impacto de procesos y transacciones del sistema internacional, confundiendo de paso a las "fuerzas históricas" con los intereses del gran capital. Los atributos de los actores en el ámbito nacional e internacional se deducen de este tipo de axiomas o principios de fe.

Resalta la incapacidad inherente del discurso globalista para analizar e interpretar los problemas y temas de la dominación internacional y de la gobernabilidad. Ello es así porque el "poder" es concebido como una característica derivada de la "posición" de los actores en un sistema internacional compulsivo de estratificación, pero no sólo eso sino que esa posición se determina por medio de un análisis fundamentado en una teorización estática y asumiendo una tendencia inherente del mercado hacia el equilibrio. En esta concepción existe un orden en el que las "libres fuerzas" del mercado invariablemente redundan en incrementos de la influencia y mando de las potencias económicas y de sus plutocráticos clientes locales que engalanan las Listas Forbes. A esas "libres fuerzas" se les asigna la capacidad de gobernar la actividad económica y la postura internacional de sus países y de otros Estados.

Esto no es más que una conveniente mistificación. Los globalistas dejan entonces a un lado un aspecto de la mayor importancia en el estudio de la dominación nacional e internacional, el gran tema de nuestra época: me refiero a la naturaleza "relacional" del poder del capital y su expresión en el conflicto nacional e internacional de clase, en todas sus dimensiones, desde sus niveles más bajos hasta los de mayores magnitudes. Es un fenómeno permeado no por la "posición" sino por los procesos "interactivos". En la teorización de la ciencia social contemporánea, sustentada en los hombros de gigantes, el poder no se concibe en términos de posición sino como una cambiante "relación" de dominación o subordinación entre actores, sean clases sociales, etnias, naciones o grandes coaliciones internacionales. Se destaca así la enorme complejidad, la inestabilidad, la irregularidad, la fluidez y la inconsistencia de ecuaciones de poder que nunca son estáticas, de tal suerte que quienes participan en una negociación o confrontación económica, política o militar, deben estar preparados a dedicar un esfuerzo considerable a la exploración de toda la gama de respuestas dinámicas. Desde este ángulo, las relaciones de poder conllevan la operación de al menos dos partes que interactúan, no en base a distorsiones conceptuales que inducen graves errores, como los que plagaron la negociación de la deuda

externa en 1982, sino de ponderaciones concretas sobre las fortalezas y vulnerabilidades propias y ajenas, en situaciones y sobre temáticas específicas. Así entonces, coincidiríamos con una línea de investigación y análisis recientemente enfatizada por autores como James Petras, Morris Morley, Alain Touraine, Carlos Vilas, William Tabb y los mismos Hirst y Thompson en el sentido de que la "globalización" es un tema, pero "el problema de fondo" sigue siendo el poder y las contradicciones del capital.